

Asumir las propias responsabilidades
P. Fernando Pascual
13-6-2010

El volante estaba en mis manos. Maniobré de modo brusco e imprevisible. Choqué.

Había llegado el momento en el que la conversación se hizo más amena. Quise meterle “sal” al argumento. Hablamos no sólo de cosas, sino de personas conocidas. Después, alguien se enteró de lo que yo dije de él. Sufrió y lloró profundamente: se sintió traicionado por quien consideraba que era su amigo.

Sonó por enésima vez la alarma. La pereza me llevó a esperar a que otros se movieran para apagarla. Pasaron los minutos: el humo se hizo presente. Esta vez sí había un incendio de verdad, y se quemó una parte importante del edificio porque no actuamos a tiempo.

Podríamos poner miles y miles de ejemplos. Algunos sencillos, carentes de dramatismo. Otros serios, tan serios como los que llevan a un ejército a la derrota, a una ciudad a una epidemia incontrolada, a un país al caos social.

Cuando el daño surge como consecuencia de nuestras acciones o de nuestras omisiones, a veces se desencadena un mecanismo de autodefensa, buscamos excusas o explicaciones para no asumir las propias responsabilidades.

Entre los griegos, por ejemplo, hubo quien inventó teorías para acusar a los dioses y al “destino” de los actos cometidos por uno. Otros negaron que exista libertad, por lo que desaparece la idea de responsabilidad ante las propias acciones; entonces cada ser humano actuaría de modo inevitable, casi instintivo, como los animales. Otros prefieren descargar la propia culpa en los demás: en los familiares, por no haberlos educado bien; en los políticos, por no enseñar a la gente a ser más prudentes; en los líderes espirituales o de otro tipo, por no ser más claros a la hora de explicar lo que está bien y lo que está mal.

La realidad, sin embargo, se impone con toda su crudeza: en el mundo cercano, en la familia, en la fábrica, en la ciudad, un mal se ha producido desde la culpa concreta, personal, intransferible, de un ser humano. En ocasiones, por mi propia culpa.

Asumir la propia responsabilidad cuesta y duele. A veces, como en el discurso de Mussolini tras el asesinato del jefe de la oposición política (Giacomo Matteotti), uno asume sus responsabilidades en un gesto de prepotencia: se declara culpable, pero al mismo tiempo da a entender de que no rendirá cuentas a nadie más que a sí mismo... Pero si actuamos así sólo aumentamos los problemas y no reparamos los daños ocasionados.

En cambio, si vivimos con un mínimo de honestidad, asumir la propia responsabilidad se convierte en el primer paso para iniciar un camino de purificación y de reparación. La conciencia presenta claramente cuál ha sido la propia culpa, en qué fallamos, por qué nos dejamos arrastrar por la soberbia, por la pereza, por la avaricia, por la cobardía, por tantas pasiones y miedos que nos apartan del buen camino.

Si hemos dado bien ese primer paso, estamos listos para los siguientes: reparar, en la medida de lo posible, el daño cometido. Pedir perdón al amigo o a las personas afectadas por nuestros actos. Buscar caminos concretos para que en el futuro no volvamos a cometer los mismos “errores”, no repitamos actos injustos que hieren a los cercanos o a los lejanos.

Asumir la propia responsabilidad es el camino para la verdadera liberación de la conciencia. No podemos vivir abrumados ante culpas del pasado que pesan profundamente en la propia vida. Es necesario iluminar todo aquello que hay de suciedad, de pecado, en la propia vida, para afrontarlo con decisión y con confianza.

Para los creyentes, esta tarea se hace desde una fe viva y una confianza serena. Aunque cueste reconocer el propio pecado, sabemos que Dios no vino a condenar, sino a salvar. Pero para que podamos recibir su perdón, hace falta tener valor (muchas veces hay que pedir fuerzas para llegar a ese valor) para denunciar el mal interior, para reconocer las culpas del pasado, y para romper decididamente con ese mal que nos destruye y que tanto daña a los seres queridos y a personas que muchas veces no conocemos.

Cuando damos ese paso, cuando asumimos las propias responsabilidades, descubrimos un horizonte de bellezas y una energía insospechada, porque estaremos mucho más abiertos a acoger el gran mensaje de salvación de Jesucristo: “El tiempo se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva” (*Mc 1,15*).